

CÓMO DESAPARECE EL ABORIGEN

JORGE BEJARANO

Profesor de la Universidad Nacional.
Presidente de la Cruz Roja Colombiana.

"Hasta los mismos románticos que se decían los más desinteresados, volviéronse aventureros de la rapacería y se encanallaron en presencia de tanta grandeza que supusieron llegaría a pertenecerles con sólo vencer y matar indios. El conglomerado de la Conquista, nobles y villanos, santos y pícaros, católicos y judíos, soldados y frailes, por distintos caminos... todo se volcó sobre esta tierra de botín, para desgracia del indígena, única víctima de ese drama excepcional que se llamó descubrimiento del Nuevo Mundo. Ya vencido, retrogradó, porque los frutos de su tierra dejaron de pertenecerle: sin libertad y justicia careció de pan, y sin ellas, él, hombre al fin, dejó de serlo cabalmente. Y ante ese golpe certero y recio, su cultura, humilde si se quiere, pero en ascensión y ya metida en formas de progreso equitativo y útil, se astilló como columna de quebracho. Sobre ese cadáver con vida se formó el juicio del Conquistador y se divulgó por el mundo triunfalmente. El indígena no pudo hablar y los siglos se deslizaron sobre su anonimato negándole hasta la dignidad del primer día, cuando ofreció su corazón y su pan al descubridor".

JULIO S. STORNI
"Bromatología indígena".

No es dudoso que todo el problema que abarca el panorama indígena, vaya siendo dilucidado por los estudiosos de este apasionante tema de nuestro continente. Es de presumir que apenas queden escasos puntos por estudiar referentes sea al origen preciso de nuestros aborígenes o a su cultura.

Pero subsisten dos hechos de marcada importancia que no han sido estudiados en forma que satisfagan, el uno, la curiosidad científica y el otro, sentimientos sociales y humanitarios.

El científico se refiere a aspectos de la alimentación actual del hombre indígena. El social, a la forma como amparamos y respetamos sus derechos. Las palabras de Storni, escritas ayer, 1942, y que sirven de epígrafe a este breve estudio, cobran todos los días actualidad, porque después de cuatro largos siglos del descubrimiento de América, suceso que no ignoran ni los niños de las escuelas, que todos recordamos con precisión de fechas y de personajes, se ignora, eso sí, que en el suelo de América existen tribus indígenas que padecen hambre y sed de justicia. Más de un siglo, hace, también, que sobre el mismo suelo se libró la batalla de la independencia. Los pueblos sojuzgados por naciones que los asimilaron a Colonias, adquirieron su propio gobierno y la responsabilidad de su propio destino. Pero si volvemos los ojos hacia las selvas y montañas de América, hallaremos millares de indígenas a quienes no ha beneficiado en forma y manifestación alguna, la independencia de las colonias. La abolición de la misma esclavitud, realizada en muchas de ellas cuando ya eran naciones y se había consolidado la república, tampoco ha logrado borrar totalmente muchos hechos a que se ven sometidas, en algunos países, las despobladas tribus indígenas. Fácil es probar cómo y qué límite, alcanza la jornada de su duro trabajo; cuál el salario y bajo qué forma o especie se paga; cómo se estimulan el cocaísmo y la chicha para embrutecer y prolongar la duración de la faena, dominando así toda su pobre economía. Cuando se le catequiza, no se le redime de aquellos vicios ni se le entrega el fruto de su participación en el trabajo del fundo. El sabe que muchas de esas obras abiertas en la selva, se han hecho con el sudor de su trabajo y a veces, con el de toda su familia. Sabe también, que en compensación, unas cuantas baratijas; unas modestas prendas de vestir o un catecismo, han de acrecentar el misérrimo patrimonio familiar.

Prueba fehaciente de este lamentable *Statu*, son las ca-

ravanas de indígenas que de tiempo en tiempo, desfilan por las calles y avenidas de las capitales de América, en busca de audiencias con presidentes y ministros para exponerles sus problemas. Después de muchos días de inútil espera en salas y pasillos, regresan a sus comarcas sin que una sola de sus quejas o peticiones, haya tenido acogida. Otras veces, deciden dejar ante los poderes centrales, un vocero, generalmente un buscapietos, y asesorados por él suelen lanzarse camino de la violencia con las trágicas consecuencias que es de suponer. Así camina, todavía, por el suelo de América, el indígena, "gajo el más vigoroso, del árbol étnico americano que pretendiose desarraigar con la Conquista", como escribe Storni.

Este sentimiento de menosprecio por los primeros pobladores —sentimiento cada vez más incrustado en el hombre civilizado de América— tiene su raíz en la forma equivocada como se transmite al estudiante la historia de la Conquista, deformada por historiadores extrajeros o criollos que ponen especial empeño en ocultar la grandeza de culturas o civilizaciones que no tengan determinado sello religioso. Al escolar se le da una noción equivocada de los que fueron los distintos grupos humanos que poblaron el continente y a cuyos caciques sólo se representa inmolando vidas humanas o adorando al sol o a la luna. Es curioso ver con qué nimiedad de detalles informan la escuela o la universidad, acerca de las culturas aborígenes de otros pueblos que nada tienen que ver con nuestro hemisferio y a los que sí se consagran textos y profesores especiales. En las costumbres alimenticias; en la música, en las danzas, en los dialectos, en los petroglifos, en la alfarería, en la orfebrería, en los decorados de ponchos y de adornos; en el cultivo de plantas y animales; en la caracterología de estos pueblos vernáculos, se encierra toda una cultura que no se hace presente al estudiante y cuya ignorancia es la fuente de nuestra incuria y desprecio por el problema indígena. Menos sabemos nada acerca de su contribución magnífica a la terapéutica. El paludismo, la parasitosis intestinal, la disentería amibiana, las cardiopatías, etc., hallaron los orígenes de tratamientos usados todavía hoy, en la noción empírica o intuitiva de nuestros primitivos pobladores.

En el campo de la alimentación, dejaron ellos preciosas tradiciones, unas desaparecidas por las modas culinarias del hombre civilizado otras conservadas aún y re-

visadas ahora por laboratorios y dietistas. De conocidos que fueran en este vasto campo de la alimentación, los indígenas de hoy se ven en peores condiciones de las que vivieron en las primeras épocas de su existencia porque hoy no viven sobre tierras propias, sino en terrenos ajenos donde los cultivos no son para ellos. Así se explica quizás, cómo muchas tribus que se ha creído desaparecidas, reaparecen ante los ojos atónitos de casuales exploradores, a largas distancias de su sitio de origen. Por confesión de ellas mismas, se puede saber que han huído de sus primitivas comarcas para ponerse a salvo de los colonos "blancos". Esas grandes distancias y soledades a donde se retiran por aquel justificado temor, han determinado la extinción de muchos núcleos, pues forzosamente quedan privados de servicios médicos —si los había— y de mercados para cambiar o vender los exiguos productos de sus cultivos. Esa ausencia de protección del indígena, víctima indefensa del colono ambicioso que se adueña de las parcelas que él ha abierto en el corazón de la selva o a inmediaciones de los grandes ríos es, sin lugar a duda, uno de los factores que ha de traer con muchos otros la total desaparición de quienes son en verdad los auténticos dueños del suelo americano. Así pues, a los ciento cincuenta años de independencia y a los cuatro siglos del descubrimiento de América, los primitivos pobladores de sus tierras, no poseen un estatuto que demarque las zonas del espacio vital donde ellos puedan entregarse pacíficamente y seguros de no ser despojados, al cultivo de la tierra. Por eso se ha dicho al principio de este estudio, que los institutos y hombres dedicados al problema indigenista, deben fijar ahora toda su atención hacia el problema capital que contemplan las tribus aborígenes, cual es el de su efectiva defensa y protección.

Para consideración de este punto y otros más, sería de máxima conveniencia la convocatoria de un Congreso Panamericano que dé a los gobiernos normas precisas sobre la forma como pueda garantizarse, a las comunidades indígenas, el derecho a la tierra que cultivan, base de su subsistencia y de su bienestar y que a esos territorios llegue, también, el beneficio de la campaña que hoy se libra por la vivienda higiénica.

Así como en América no se da demasiado énfasis a la enseñanza de la historia y origen de las diferentes culturas indígenas, menos se le da a lo que bien podría llamarse la "cultura de la alimentación" y que en muchos de sus pueblos llegó hasta la cifra de una ciencia del suelo y de la producción, es decir hasta la formación de una conciencia agronómica, fundamento, en muchos de ellos, de la prosperidad social. Esa ignorancia de lo que Storni llama tan expresivamente, "Etnofitología", y que abarca al escolar como al universitario, contribuye al pobre concepto que se tiene del aborigen americano y a acentuar la creencia de que su primitivismo lo incapacitó, igualmente, para dejarnos nociones útiles en el campo de la alimentación y del cultivo de plantas que sirvieran para sustento del hombre.

Empero, son muchos los testimonios que demuestran lo contrario. Ellos van desde Cristóbal Colón, cuyas cartas a los Reyes Católicos hacen referencia al maíz, al ají y la batata; pasando por don Hernán Cortés, Jiménez de Quesada, el Inca Garcilaso de la Vega, cuyos "Comentarios Reales", aparecidos en 1617, crónica viviente de los incas, su historia y su cultura, hasta llegar a los historiadores y científicos contemporáneos, que siguen

revelándonos interesantes conocimientos de los indígenas en materia de agronomía y alimentación. De todos ellos es fácil deducir que la conquista y civilización, implicó para los aborígenes la supresión de muchos de sus hábitos alimenticios, de significativa importancia, lo que fue a no dudarlo, factor que contribuyó a su decadencia, determinando una alimentación deficiente en grado sumo. De ello da cuenta superabundantemente el escaso desarrollo ponderal de la generalidad de los individuos integrantes de muchas tribus de Colombia, al menos. Nadie podrá negar que la nación instintiva —llamada por algunos "precaución biológica"— fue la que seguramente, guió al hombre primitivo para asociar a su comida alimentos naturales y por ese mecanismo fue llegando al régimen mixto que es el único apropiado a sus necesidades vitales. Ya sabemos cómo los cereales señalan en la historia de la humanidad la aparición de grupos étnicos diversos, y muchos autores consideran que el trigo, la cebada, el centeno, el arroz y el maíz, dan la clave del aspecto misterioso que todavía, hasta hoy, ha tenido la repartición de las razas en la tierra. En Crimea y en el Cáucaso, surge el llamado *trigo espontáneo*; en los deltas pantanosos del Extremo Oriente, el *arroz acuático*; en Caldea, el *centeno* y la *cebada salvaje* y en la América tropical, el *maíz*. Este último y el algarrobo, iniciaron la nutrición del hombre del nuevo Continente. Así pues, la ciencia de la alimentación, revalúa hoy las costumbres primitivas cuando alimento y naturaleza formaban un todo que convivía con el hombre en el corazón de las selvas. No podrá negarse que al aborigen de la América, debemos la herencia del conocimiento de un alimento básico en la nutrición de los pueblos que surgieron en nuestro continente.

El problema indigenista —reducido sólo a los dos términos que se han expuesto— no puede resolverse desde las páginas de una revista o de cualquiera institución que no se ponga en contacto con los gobiernos y deje en manos de cada uno de ellos, un plan normativo sobre las medidas que deban implantarse para efectiva defensa del indígena. Hasta ahora la acción se reduce, en algunos países, a la obra que adelantan los misioneros, pero cuyo efecto está limitado por estrechez de presupuestos y por las mil dificultades con que tropiezan para cumplir su cometido.

La labor indigenista no puede, tampoco, reducirse al estudio de sus dialectos, de sus culturas, costumbres, etc. Tengo la impresión de que para algunas regiones de América, llamadas "civilizadas", poco es el esfuerzo aportado por su población para aprovechar en debida forma el legado que nos dejaron los aborígenes, preferentemente en lo relativo al agro. En síntesis, la obra indígena, llena de originalidad y fecundidad, espera todavía ser ampliada por nosotros ya que en la actualidad tenemos los elementos para aprovecharla.

Juntar todas nuestras voces para redimir al indio de la coca y de la chicha; para llevar hasta sus aldeas alimentos como la leche y el queso; para hacer una intensa campaña de medicina preventiva y de vivienda higiénica, debe ser el objetivo principal de los hombres que se ocupan del problema indigenista. Y lograr de todos los gobiernos de América el estatuto que delimite la propiedad y zonas de los indígenas para ponerlos al abrigo del abuso y del despojo, el objetivo principal de toda acción tendiente a detener la desaparición de los primitivos pobladores de nuestro Continente.